

# **SAN EFRÉN, EL DIÁCONO SIRIO ENAMORADO DE LA INMACULADA**

---

SEGUNDO GUTIÉRREZ DOMÍNGUEZ  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

---

## **BREVE RESEÑA DE SU VIDA**

Como misterioso lucero en los albores del siglo IV del Cristianismo, surge de Siria uno de los más relevantes Diáconos de la catolicidad, el adalid de los escritores y poetas de todo el Medio Oriente.

Vino a este mundo hacia el año sexto del citado siglo. Su ciudad natal fue Nísibe, en la floreciente Mesopotamia.

Desde sus años niños, recibió una acendrada y primorosa educación, particularmente de su madre, educadora y cristiana comprometida. El estudio y la oración embargaron su espíritu adolescente y juvenil. Al nacer Efrén, su importante ciudad estaba gobernada por los Romanos. Tenían un gran auge la cultura y religiosidad judías, y existían algunas Comunidades Cristianas, con sus respectivas Escuelas.

Aficionado al culto sagrado, aplicado, entusiasta, parecía hecho de fe, entusiasmo y gozo. Así dispuesto servía con cariño a la Comunidad católica y al pueblo entero... Este servicio incondicional y el afecto que sentía hacia su Obispo Santiago, a quien llamaba "su maestro", impulsó al Prelado a conferirle la orden de los Diáconos. Este quehacer de servicio y entrega lo iba a vivir plena, generosa y perennemente durante su no corta existencia. Una múltiple y variada Diaconía que se patentizaba en el ejercicio de la Palabra, hablada, escrita, predicada, poetizada y cantada. Ejercía la enseñanza en las escuelas; atendía con preferencia a los más ignorantes. Se preocupaba de los enfermos, de los menesterosos, de los segregados, de los moribundos, ejercitándose en esa obra de misericordia, sacrificada y enojosa de enterrar a los muertos.

No le quedaba lugar ni tiempo para el ocio o la diversión.

Cuando cumplió los 19 años, Santiago, su muy querido Obispo, lo llevó consigo al famoso Concilio de Nicea, donde pudo conocer a Osio y a otros Jerarcas que le impresionaron muy gratamente y de los cuales aprovechó tanta doctrina y pericia para polemizar con los arrianos u otros herejes que pululaban por doquier.

Hubo un tiempo en el que Sapor II, Emperador de Persia, amedrentó a Nísibe con amenazas y malévolas incursiones. En esas circunstancias adversas, Efrén, se entregaba con mayor asiduidad a la plegaria, a Eucaristías, catequesis y toda suerte de apostolado: su diaconía le obligaba a ejercer su mansedumbre y paciencia y a preocuparse de los más desvalídos o débiles en la fe. Era inasequible a todo desaliento. Era un Diácono de oro.

El emperador Joviniano lo obligará a exiliarse, con muchos católicos nisibenos, a Edesa, que era dominio romano.

Entonces se convirtió, a grandes temporadas, en un eremita amable, juicioso, dado al servicio docente y discente, a escribir sin cesar para poder luego sembrar la Buena Nueva de Jesús hasta los reductos más alejados y oscuros.

Ya al final de su vida, no se privó del gozo de visitar a San Basilio, que a la sazón regía la Diócesis de Cesarea de Capadocia. A su retorno, satisfecho e iluminado con aquel entrañable encuentro, se entregó al servicio catequético, y -como buen diácono, al ministerio de la Palabra en todas sus facetas; se multiplicaron sus visitas a los enfermos, su consolación a los abatidos, y las tareas incómodas de enterrar a tantos cadáveres, en las pestes y calamidades públicas. No cejaba en su ministerio de la Palabra hablada, la palabra escrita, la palabra sacrificada en sus austeridades, la Palabra poetizada y cantada en sus incontables composiciones líricas. El Espíritu lo guiaba y urgía de manera admirable. Para el pueblo era un nuevo Profeta, el arpa, la lira y la cítara del Espíritu Santo.

Murió (pese a muchas contrariedades) amado, admirado, enaltecido. Aquel halo de santidad, transparencia y júbilo llegó a estremecer de ternura a oriente y occidente. Desde Roma, el Papa y todo el Episcopado podían admirar al nuevo Diácono sirio, émulo de Esteban, el protomartir y los hispanos Vicente y Lorenzo.

Era el año 373, Efrén se extinguía por momentos, mientras toda Siria se estremecía, porque su Diácono era llamado por Cristo y por la Virgen Purísima de quienes tanto había hablado y escrito.

## LA OBRA DEL DIÁCONO SIRIO

Este Profeta del pueblo Sirio, Columna de la Iglesia como lo llamaban, dio buena cuenta de ello con sus sobresalientes virtudes. Sus escritos y predicaciones quedaban bien patentes y serían benéficos para muchas generaciones.

Podríamos dividir su obra escrita en dos apartados:

1) Los Escritos en prosa. Polifónico y variado, profundo y versátil, sencillo y fogoso.

Son muchísimos los Comentarios a casi toda la Sagrada Biblia, abundando en el Génesis y las Cartas de San Pablo. Es lástima que muchas de sus obras se hayan extraviado. Escribió profusamente y se pueden leer aun hoy día sus Comentarios sobre la Stma. Trinidad, sobre Jesucristo, particularmente en la encarnación y Resurrección, sobre el Espíritu Santo. Poseemos de él un múltiple haz de retazos y pinceladas libres engrandeciendo, con sus sermones y panegíricos solemnes Fiestas y cultos a los Santos, en las Iglesias. Nos legó tratados apologéticos. A su retorno de Nicea e ilustrado por el Concilio, se enfrentó a los arrianos y a las herejías que pululaban por aquel entonces.

Traducidos al griego, llovieron sus escritos sobre el Oriente, como nube angélica, dejando repleto de vida, espíritu y alegría aquel sector de la Cristiandad, tan dado de por sí a historias tiernas, leyendas admirables y no faltas de fundamento en realidades intensamente vividas.

2) Escritos en verso.

El Diácono Efrén, asceta y místico, dirige su quehacer lírico más al pueblo que a los ambientes intelectuales y polémicos, más al corazón que a la cabeza. Goza de un matiz sincretístico acentuado, que hace más inteligible su doctrina. Ejerce gran influencia sobre la mujer de aquel tiempo, en que las cualidades de la misma eran lamentablemente muy poco valoradas. Constituiría un no despreciable ejemplo para nuestros días. Sus poemas, muchos de ellos para ser cantados, incluso a voces mixtas, serían una verdadera

gozada, para el público cristiano o pagano de entonces. A nosotros mismos nos llama la atención, y debiera esto hostigarnos en los días que vivimos a valorar con equilibrio y respeto la tarea de la mujer en nuestras iglesias. Seguro que muchas de ellas brillarían por su limpieza variedad y ternura; los cultos serían más jubilosos y sobreabundaría la caridad y responsabilidad cristiana.

A Efrén nadie le niega el primer puesto entre todos los vates sirios. Usa siempre de una seria, ágil y vistosa métrica. Sus formas preferidas son el heptasílabo o el verso de doce sílabas. Se hace más pegadizo, como es obvio el verso de siete sílabas: da lugar al ritmo movido y feliz que hace agradables todas las liturgias y procesiones o romerías de entonces. Sonaría, a mi pobre entender, más o menos, así:

“Tú, Señor, y tu Madre  
agotais la belleza.  
La mancha en tí no cabe,  
ni lunar hay en ella.  
Sois únicos por esto  
en el cielo y la tierra...”.

(Versificado de sus cantos nisibenos, traducción).

Una moderada ascética (vivió a veces como verdadero eremita) y una gozosa mística embellece su incalculable obra poética.

Nos afirma Sozomeno que escribió más de tres millones de versos. Gran parte de ellos cantados en las iglesias, ritos procesionales Eucaristías o paraliturgias al aire libre. “No pueden leerse sin emoción sus versos, sus poemas elegiacos y sus alabanzas a la Madre de Dios”, nos dice un autor moderno.

Aunque sea sucintamente, dejémonos empapar por la piedad la dulzura y el ardor de su estro poético. Es la parte más brillante y atractiva de la labor de este Diácono admirable y admirado.

## EL JUGLAR DE LA VIRGEN PURÍSIMA

Podemos aclamarlo como el Diácono enamorado de la Virgen Inmaculada. He aquí una estrofa, que, en el original sirio, debió de embelesar a sus coetáneos:

“Vos, Señor, y vuestra Madre, sois los únicos enteramente hermosos, pues ni en tí, Señor hay mancha, ni mancilla alguna en tu Madre”... (Cantos nisibenos).

La obsesión constante de Efrén fue Cristo, y junto a Él su Madre Inmaculada y asunta al cielo. Los Maronitas prorrumpen en alabanzas a la Madre del Señor, al modo de Efrén, el sirio. Este aprovecha el rito de los antioqueños y perfila incontables melodías que culminan en albricias y loas a la Virgen Madre de Cristo, Inmaculada y en su Asunción. Dieciseis siglos después van a culminar en los dos insignes dogmas marianos. Precisamente en el año 2004 tendrá lugar el aniversario del dogma de la Inmaculada, proclamado por SS. Pío IX el 8 de diciembre de 1954.

Todos los festejos terminaban con los cantos de Efrén. Pegado a la métrica, pero libre como un pájaro recita, entona, canta los más variados misterios. San José no puede faltar en el concierto: para él tiene palabras de respeto y cariño, concentrándose en el mes de septiembre, cuando celebraban el matrimonio entre la Virgen Inmaculada y el Santo esposo carpintero. Lástima que no se nos conserven los probables epitalamios del pueblo, dirigido por él en honor de los desposados.

Los orientales se valían mucho del paralelismo EVA-MARÍA. El diácono sirio, el primero. Tiene ocurrencias peregrinas que aprovecha según las fiestas o sucesos.

“La hermosa y amable gloria del hombre, dice, se perdió a causa de Eva; fue restaurada a causa de María... Como Eva, (antes de la caída), María fue adornada con la plenitud de la gracia, por razón anticipada de su Maternidad del Hijo de Dios”.

Efrén se opuso tajantemente a Orígenes que tenía sus dudas sobre la Inmaculada:

...“Una fue causa de vida, otra de muerte. Por Eva surgió la muerte, y la vida nos vino por María.. Fue la serpiente la que acechó al calcañar de Eva, fue el pie de María el que pisoteó a la serpiente”.

El santo Diácono introduce a María en la Obra de la Redención: “Por causa del tesoro que Ella ha alumbrado, porque en ella ha surgido la luz que dispersa las tinieblas”.

Admira su intuición y creatividad en las comparaciones entre Eva (primera mujer) y María, la Mujer Nueva. Un botón de muestra: se encara con el interlocutor y dice:

“Mira al mundo: ha tenido dos ojos. El ojo izquierdo es Eva (es un ojo ciego). María, en cambio es el ojo derecho, es el luminoso. Por culpa del ojo ciego el mundo quedó envuelto en tinieblas y permaneció en la oscuridad. Pero, gracias a María (ojo derecho) el mundo quedó iluminado con la luz celeste que habitó en Ella, y los hombres volvieron a encontrar la unidad” (Sacado de un himno sobre la Iglesia).

Maravilloso es el testimonio de Efrén a cerca de la santidad de María: “Nuestra Señora es singularmente limpia de pecado... Excluye de María la más leve mancha, la más leve sombra de culpa original. Todos los comentaristas y escritores de su tiempo notan que sus escritos cantan directamente a la Inmaculada. Une admirablemente Inmaculada y Asunción de María, que -con el devenir de los siglos- habrían de proporcionar un profundo y dichoso tema a nuestro Gerardo Diego, en sus geniales poemas.

Es el primero en emplear para la Sta. Virgen el título de Mediadora: “A Tí acudo, Mediadora del mundo, invoco tu pronta protección en mis necesidades. Eres la dispensadora de todas las gracias, Santísima soberana (Dómina), Madre de Dios” ...Y, dirigiéndose al Hijo de sus entrañas: “María es tu Madre, tu Hermana, tu Esposa...”.

La Virgen, según este prestigioso Santo, camina por el sendero de la fe, sujeta como estuvo a tantas pruebas.

Efrén es el Diácono, el servidor de María, el heraldo de todo el marianismo de entonces. Se pueden conjuntar en un solo haz: elegías, cantos, salmodias, motetes o villancicos. Sus nanas, oídas por los contemporáneos, debieron suscitar jubilosos y encendidos sentimientos, al igual que hoy nuestros cantos navideños y nuestras alabanzas a la Inmaculada y a la Virgen de la Asunción.

Y sigue:

“María daba rienda suelta a su Corazón, con inimitables acentos y cantaba su motete de cuna, arrullando al Pequeñín: Cómo pensaría jamás la solitaria concebir y dar a luz a Aquel que es -al mismo tiempo- uno y muchos, pequeño y grande, todo en mí y todo en todas partes; el día en que Gabriel se presentó ante mí, pobrecilla, en ese instante me hizo Señora y Esclava. Porque soy esclava de tu Divinidad, pero también Madre de tu Humanidad, oh Señor, oh Hijo mío... (Himnos de Navidad de Efrén el Diácono Sirio).

Nace con todo esto una himnografía mariana hasta llegar a la Resurrección de Cristo. Es para Efrén la primera vidente de Jesús resucitado. “María, así como estuvo presente en el primer milagro, así tuvo las primicias de la Resurrección”. Prorrumpiendo en alabanzas a María La Virgen, la Creyente, la Corredentora, la Inmaculada, la Mediadora, la subida al cielo por su Hijo, se convierte en un juglar enamorado, pasmo y delirio de las Iglesias orientales.